



otro erudito escritor extranjero, cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecía que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el más admirador de los romanos y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heroicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás á la dominación de una república ambiciosa que pretendía dar leyes al universo.» Floro dice expresamente que «nunca los romanos hicieron guerra más injusta que la de Numancia (1)... No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruí-

(1) *Nullius in locis causa injustior*: son las expresiones de Floro.

do á Cartago. Era un rival que se había hecho temible, y que podía serlo todavía si se le dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer á los romanos «la ruina de su imperio...»

Con la destrucción de Numancia, las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (2).

Decio Bruto había sometido también á los galaicos, y recibido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se había extinguido todavía en España.

(2) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idollito de metal de un palmo de alto. Algun monumento debía estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.

CAPITULO XXII

Sertorio (desde 133 antes de J. C. hasta 73).—Paz que siguió á la destrucción de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas.—Su fin.—Sertorio.—Quién era y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á África.—Vuelve, llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mutuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cerva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno á la romana.—Unesele por aclamación el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo; ridículas farsas.—Apurada situación de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traición y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heroica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

El estruendo que produjo la caída de Numancia ahogó por algun tiempo las quejas y el disgusto producido por el yugo extranjero, y pudo disfrutar España más de veinte años de paz; no la paz de la conformidad y de la resignación, ni ménos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniéndola sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma, dividiéndola en diez distritos bajo la inspección de otros tantos legados. Si bajo la opresión en que vivían los españoles se levantaban algunas bandas armadas y recorrían el país, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos. ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarían á impulso de más nobles fines? ¿No habían llamado también á Viriato un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufría.

Pocos hechos notables figuran en este tiempo; y el único de importancia que nos han de-

jado consignado las historias es la expedición del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de Balearico. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños, que hasta entónces habían habitado en grutas campestres, fueron atraídos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollencia se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habían quedado los españoles hubiera podido ser duradera y estable si los gobernadores romanos hubieran tratado con más consideración y miramiento á los vencidos. Eran acreedores á ello; pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles, que tampoco tenían sino amortiguados los antiguos instintos de la independencia y la inveterada aversión á la coyunda romana, alzaronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Si-



lanos y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor y el genio habian hecho populares, y por tanto, de gran ascendiente en el país para continuar la guerra, fué ya fácil á Licinio Craso enseñorear un país casi yermo de guerreros.

Pero á pesar de esto, quedaba un resto de esperanza; no se habia sometido aún la Lusitania, cuando estalló nueva insurrección en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represión á Tito Didio Nepote, que vino á cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habian dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido (1); ni porque destruyera la ciudad de Térmes, siempre hostil á los romanos, y obligára á sus moradores á bajar á habitar en la llanura; ni porque rindiera á Colenda (hoy Cuéllar) despues de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos á los valerosos habitantes de Cuéllar, sin exceptuar las mujeres y los niños. Llamó despues á los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales, por su extremada pobreza, dicen se habian dado á robar, ofreciendo repartirles el territorio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fe de su palabra á cultivar las tierras que á cada uno habian tocado, y cuando los tuvo á su disposicion, los hizo degollar á todos bárbara y alevosamente (2). ¡Así civilizaban ellos la España! ¡Y á los que se levantaban á vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

El nombre del ilustre personaje con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció in-

(1) En el primer encuentro que tuvo con los celtiberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria habia quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del día siguiente observaron los celtiberos que casi todos los muertos que yacian en el campo de batalla eran españoles, creyéronse vencidos, y se le rindieron. Hasta aquí sólo hay un ardor de guerra. (App. de Bell. Hisp.)

(2) Id., p. 535; Tit. Liv., Epist.; Eutrop., l. IV.

flujo grande en la condicion social de la península española, empezó á darse á conocer á consecuencia de un suceso que ocurrió el año 98. Altamente incomodados los habitantes de Castulon con los excesos y desenfrenada licencia de la guarnicion romana, determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciada. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando de los excesos del día, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron no poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad, lo fué el jóven Q. Sertorio, que los mandaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio á los fugitivos, y con ellos revolvió arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida á su vez pagó con las vidas de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la complicidad de los gerisenos, dispúsose tambien á castigarlos, y disfrazando á sus soldados con los vestidos de los mismos habitantes de Castulon, encaminóse á la ciudad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad las puertas. Una vez dueño de la poblacion, la escarmentó con todo el rigor de las leyes de la guerra. Así aquel Sertorio, á quien despues habrémos de ver tan dulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en España con dos sangrientas ejecuciones. ¡Tan familiarizados estaban entónces los romanos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasion los españoles habian dado justo motivo á su resentimiento.

Sertorio fué nombrado despues cuestor de la Galia Cisalpina, donde se hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya circunstancia hizo decir á Plutarco: «Sertorio... tuerto como Anibal, como Antígono y como Filipo, á ninguno de ellos fué inferior en claridad de entendimiento, pero lo fué á todos en fortuna, que le fué más adversa que á sus enemigos» (1). En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose á dar hospitalidad á los emigrados de uno

(1) Plut. Vit. Sertor.



y otro bando, Sertorio, ya por odio á la tiranía, ya por resentimiento hácia la faccion de Sila que le habia rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobára nunca sus sanguinarios excesos. Cuando Sila se hizo dueño de Roma, Sertorio fué comprendido en la proscricion de aquel tirano. Entónces se refugió á España, así por buscar en ella un asilo, como para suscitar aquí enemigos á Sila. Sertorio era sagaz, y conocia el secreto de ganarse el afecto de los españoles; secreto reducido á tratarlos bien y á ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos á sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atrajo á varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulon, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse á aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar á los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardia en el suyo contra la tiranía de Sila; y habiéndosele agregado muchos romanos de los que habia en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Al saber esto Sila, trató de sofocar la rebelion, y despachó contra él á Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió á Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio á disputar á los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió á la traicion. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas á uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente á su jefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas á Annio y volviéndose otras á Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército á que quedaba reducido, determinó pasar á África. Siguióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entónces se ve á Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya disper-

sada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar á las islas Afortunadas, y ya volviendo á África, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

Seguia la carrera de sus aventuras, y no se daba punto de reposo en ellas; cuando los lusitanos le invitaron á que viniera á ayudarlos á sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio á una solicitud que le proporcionaba ocasion y medios para combatir al tirano. Embarcóse, pues, con dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares de África, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Más afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo el proscrito de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió á cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba á los españoles, corrian éstos gustosamente á alistarse en sus banderas. Veian en Sertorio un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque extranjero, protector de su libertad; porque él les repetía frecuentemente que no descansaria hasta librar la España de la opresion en que tan inmerecidamente gemia; que él mismo no tenia ya más patria que España, y que ó la fortuna y los dioses le habian de ser muy adversos, ó habia de verla una nacion grande, independiente y libre. Creíanle los españoles, porque estas palabras venian del hombre que cuando fué pretor les habia rebajado los impuestos, y sobre todo porque las obras iban guardando consonancia con las promesas. Él organizó y equipó el ejército español á la romana, y supo lisonjear su orgullo dándoles hasta brillantes armaduras y lujoso vestuario. El botin lo distribuía íntegro entre los soldados, no reservando nada para sí. Era un Viriato, que reunia además la política de la civilizacion romana.

Trató de aprovechar el influjo que lo maravilloso ejerce sobre los pueblos todavia rudos, y al efecto tenia y llevaba siempre consigo una cierva blanca, á imitacion de Numa y de la



ninfa Egeria, y á ejemplo del mismo Mario y de la mujer siria que le acompañaba siempre. Persuadió Sertorio á los sencillos y supersticiosos españoles que por medio de la cierva se comunicaba con los dioses, y principalmente con Diana. Hízoles creer que la cierva le revelaba los secretos del porvenir, y cuando por sus espías sabia anticipadamente algun suceso favorable, aparecía la cierva coronada de flores como fausto agüero de un acontecimiento próspero. Diestramente amaestrada, acercábasele entónces al oído como para inspirarle la resolución que debería tomar. Miraban los españoles la misteriosa cierva con el más religioso respeto (1).

El orgulloso Sila veía en paciencia el engrandecimiento y prestigio que Sertorio iba tomando en España, y no pudiendo soportarle, trató por todos los medios de hundirle y aniquilarle. Derrotados los generales que contra él había enviado, fué preciso que viniera el viejo Metelo Pío, acreditado por su prudencia, que se había hecho hasta proverbial. Pero Sertorio era más jóven, era vigoroso y ágil; sus tropas, aunque inferiores en número, peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenían fe en su caudillo, y estaban acostumbradas á guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos. Conocedor de todos los pasos y senderos tanto como el más práctico cazador del país, sabia atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podían maniobrar libremente, ó donde conocía que había de faltarles el agua ó los víveres. Entónces caía de repente sobre ellas con sus españoles. Así fatigó al anciano Metelo, que no pudo resistir los efectos de tan sábia táctica. Puso Metelo sitio á Lacobriga, y cortó las aguas á los sitiados. Sertorio tuvo astucia para introducir en la ciudad hasta dos mil cueros llenos de agua, con otros bastimentos. Obligóle á levantar el sitio, y le derrotó en la retirada. No pudo Metelo hacer que progresára en España la causa del dictador.

Sertorio, que no descuidaba la parte militar,

(1) Existen monedas del tiempo de Sertorio, en cuyo reverso se ve la figura de una cierva.

empleó también sus esfuerzos para arreglar políticamente la parte de España que dominaba. Tan político como guerrero, quiso hacer de España una segunda Roma. Dividióla al efecto en dos grandes provincias ó distritos; Evora, donde él tenía habitualmente su residencia, era la capital de la Lusitania; á Osca (hoy Huesca) hizo capital de la Celtiberia. En Evora estableció un senado, compuesto de trescientos senadores, en general romanos emigrados (1): este senado ejercía la potestad suprema sobre ambas provincias, y tenía bajo su dependencia pretores, cuestores, tribunos, ediles y demas magistrados á estilo de Roma. Lo único que no tomó de su ciudad natal fué un título para sí: modestia ó política, es lo cierto que no quiso intitularse ni emperador, ni dictador, ni aceptar otro dictado que significase suprema magistratura. En Osca, ó Huesca, creó una escuela superior, especie de universidad, donde se enseñaba la literatura griega y latina á los jóvenes de las principales familias españolas. Esta educación, que equivalía á un privilegio aristocrático, daba el nombre y derechos de ciudadanos romanos, y abría el camino á las magistraturas y á los cargos públicos. El mismo Sertorio solía asistir á los exámenes de esta escuela y distribuir por sí mismo los premios de aplicación. Este instituto, al mismo tiempo que servía para ir civilizando los españoles, servíale también para tener allí reunida y como en rehenes la juventud más distinguida de España. Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer ningun español? ¿Y cómo no habían de amarle los españoles sin mirar que fuese romano?

Cuando Sertorio estaba ocupado en dar vi-

(1) «Ordenó, dice Mariana, un senado de los españoles principales.» Lib. III, cap. 12. En casi todos los escritores hemos hallado que aquel senado se compuso de romanos exclusivamente, y aun añaden que esto fué causa de que los españoles empezáran á disgustarse de Sertorio. Todo induce á creer que si algun español pudo ser admitido en aquella asamblea, la gran mayoría por lo ménos no debió de ser de romanos, así por su mayor ilustración como por ser sabido que Sertorio en el fondo de su corazón se conservó siempre romano, y que su defecto para España fué no haber querido renunciar nunca á ser ciudadano del Tíber.



da y fuerza á España, vino á aumentarla un refuerzo de donde ménos podía esperarlo. Otro romano proscrito por Sila, Perpenna, que había vivido retirado en Cerdeña, encontróse por la muerte de Lépidio al frente de veinte mil hombres. Seducido por los brillantes progresos que en España había alcanzado otro proscrito como él, vino también á la Península con la esperanza de atraerse un partido. Pero arrastrados sus soldados por la fama y el prestigio que gozaba Sertorio, pidieron á una voz reunirse á él. Perpenna tomó el único partido que le quedaba: ceder y someterse mal de su grado á ser el segundo de Sertorio.

La muerte de Sila (79), que libertó á Roma de su dura tiranía, parecía que hubiera dejado también respirar á España. Pero entónces fué cuando el senado, identificado con la causa de aquel dictador, opuso á Sertorio un adversario formidable, el jóven Pompeyo, «triunfador, dice Plutarco, ántes de tener pelo de barba,» y á quien Sila, que conocía bien su mérito, había decorado con el título de *Grande*.

Debido á esta circunstancia, se encontraban á un tiempo en España cuatro célebres generales romanos, dos de un bando, y dos de otro. Metelo y Perpenna eran capitanes experimentados, pero viejos; Sertorio y Pompeyo jóvenes fogosos y ardientes. Metelo y Pompeyo, que defendían una misma causa, reunían sesenta mil hombres; Sertorio y Perpenna sobre setenta mil, comprendiendo ocho mil jinetes españoles, organizados á la romana por Sertorio, y en brillante estado.

Pompeyo, arrogante y presuntuoso, había ofrecido que en pocos meses daría buena cuenta de los restos de la facción de Mario, según llamaba él por desprecio al ejército de Sertorio. Tenían éste y Perpenna cercada á Laurona (*Liria*, en la provincia de Valencia). Acudió Pompeyo y envió á decir con jactancia á los lauronenses, «que no tardaría en ver sitiados á sus sitiadores.» Stípulo Sertorio, y respondió: «Yo enseñaré á ese aprendiz de Sila, que un buen general mira más detras de sí que hacia adelante.» Y en efecto, Sertorio no hablaba en balde; cuando Pompeyo pensaba cercar al enemigo, encontrése él cercado por todas partes.

La pérdida de diez mil hombres fué la primera lección que recibió la vanidad de Pompeyo, y la ciudad fué tomada é incendiada á su vista (76). Aún pudieron calentarle sus llamas. Metelo y Pompeyo se retiraron á las faldas de los Pirineos; Sertorio y Perpenna volvieron á la Lusitania (77).

Al año siguiente, la fortuna cambió desgraciadamente; un cuerpo del ejército sertoriano, mandado por Hirtuleyo, fué derrotado por Metelo en Itálica, muriendo el mismo Hirtuleyo con diez y ocho mil de los suyos, que fué horrorosa mortandad si los historiadores no la exageran. Entre tanto, Sertorio tomaba á Contrebia, una de las más fuertes plazas romanas, en cuyo sitio se habla de haberse empleado el combustible aplicado á las minas para volar las murallas, cuyos efectos asustaron á los sitiados y los movieron á rendirse (1).

No podemos detenernos á narrar los muchos encuentros, combates y batallas que se dieron entre los cuatro ejércitos, ya reunidos, ya separados, ora regidos por los principales generales, ora por sus lugartenientes, de que fuera enojoso é inútil contar todos los lances y pormenores. En una ocasión (75), en los momentos de ir á empeñarse una acción entre Sertorio y Pompeyo, llególe á aquél un mensajero con la nueva de haber sufrido dos derrotas su aliado Perpenna. Conocía el mal efecto que en ocasión tan crítica habría de hacer aquella noticia en sus tropas, y para que nadie pudiera saberla más que él, atravesó con su propia espada al desgraciado mensajero de aquella nueva fatal. Y como en medio de la lucha viera desordenarse y cejar su ala izquierda, «¿Dónde están mis españoles? gritó: ¿dónde están esos españoles que han jurado defendirme hasta la muerte? Id, id á vuestras casas, que para buscar la muerte basto yo solo.» Y picando los ijares á su caballo se precipitó temerariamente sobre las primeras filas enemigas. Realteraron aquellas palabras el valor de los fugitivos, y volviendo denodadamente á la pelea, se declaró el triunfo por los

(1) Fragmento de Tito Livio, publicado por Giovenazzi y Brunks.